

Discurso leído por el Señor  
Intendente de Meta, el 1º de Enero  
1900.

Muy Reverendo Padre Mauricio,  
Señores,

Celebramos hoy dos fiestas de singular importancia en esta ciudad: la primera, de acción de gracias al Hacedor Supremo, que surge de todo pecho generoso y grato en presencia de los infinitos beneficios recibidos; día en que cejamos una mirada retrospectiva hacia un año que se espuma en el abismo del tiempo, dejando en nuestra alma huellas de alegría o quebranto, y la otra escrutadora hacia el porvenir, que como todo amanecer trae los himnos de esperanza y brisas de próxima ventura. La segunda fiesta la motiva un acto de patriótica transcendental, el Juramento de Bandera del Batallón Ricaurte, formado por la viril adolescencia de esta ciudad, pero que constituye por sí misma, fuente bellísima de reivindicación y de glorias.

Todo esto hace que la que ocasión sea solemne para mí, y que no pueda prescindir de dirigiros la palabra en tan clásica fecha.

De sencillo y de trivial tildaréis mi lenguaje si os digo que el despuntar de un nuevo año, es en todas las naciones, civilizadas, mín en aquellas que no son

católicas, como los Estados Unidos, época de clamores y de salmos para impetrar del Soberano Autor del Universo haga claros los caminos que nos lleven sin tropiezo al puerto de bonanza; pero si tan justa y edificante costumbre no existiera, me bastaría, Señores, tender la vista hacia el lejano azul de vuestros llanos; penetrar en vuestra rica y exuberante naturaleza, abismarme en los hilos de plata que como rica melena caen a torrentes de la altura para caer de hincijos, y con el perfume embriagador de vuestras flores y el dulce trinar de vuestras aves, enviar a Dios mi fervida plegaria, que en vuestros lares la Infinita Esencia es Presencia que vive brilla y tiembla en la flor, en el ave y en el astro, arrebatando el alma a rendirle los homenajes como Creador de todo cuanto existe!

Batallón Ricaurte! acabáis de ejecutar quizá el acto más solemne de vuestra vida ciudadana, jurando fidelidad a nuestro amado tricolor, en el altar de la Patria. Os distingue un nombre que pasmó al Viejo Continente con el eco atronador de su heroísmo, eclipsando las glorias de Alejandro y Césares! Oh! si, porque Ricaurte, al colocarse en el vértice de San Mateo para volar al infinito espacio, quedó incrustado como astro en nuestro Cielo, para ba-